

que de la excelsa capital saliendo de fértil isla que la mar circunda, y sitia el enemigo, sube al éter, cuando sus habitantes, todo el día por su ciudad habiendo combatido, luego que el sol se oculta anchas hogueras en los muros encienden y en las torres, y alta sube la llama porque vista pueda ser de los pueblos comarcanos y vengan con sus naves del asedio á librarlos; así la luz brillante que la frente de Aquiles despedía hasta el éter llegaba. Y ya venido á la parte exterior de la muralla, en la orilla del foso sin mezclarse con los Aqueos (que el prudente aviso respetó de su madre) se detuvo, y en alta voz clamó (y á la otra parte también gritó Minerva) y los Troyanos en confuso desorden y aturdidos huyeron al oírle. Cuan sonora se oye la voz de la marcial trompeta que al arma toca en la ciudad que sitia poderoso enemigo; tan aguda entonces resonó la voz de Aquiles.

Apénas de los Teucros al oído llegó la férrea voz clara y sonora del hijo valeroso de Peleo, todos de espanto el alma conmovida sintieron en el pecho; y los bridones, sueltas al aire las hermosas crines, hacía atrás se volvían con los carros y en fuga se pusieron porque males su ánimo presagiaba. Los jinetes también se consternaron cuando vieron el vivo fuego abrasador que ardía, y Minerva avivaba de continuo, sobre la alta cabeza del valiente nieto de Eaco. Resonó del foso en la orilla tres veces la espantosa y clara voz de Aquiles, y al oírle los Teucros y sus fuertes auxiliares en pavorosa turbación cayeron. Y todavía allí la muerte hallaron doce fuertes caudillos, que en la arena caído habiendo, por su propia lanza fueron heridos sin poder valerse y por la alta carroza atropellados. Y ya llenos de gozo los Aqueos, de Patroclo sacaron el cadáver

de en medio de las armas y los tiros, y en el fúnebre lecho le pusieron. Y todos los Mirmidones llorando en torno le cercaban, y de todos en medio estaba el alligido Aquiles. Y ardientes muchas lágrimas vertía cuando ya vió en el féretro tendido á su fiel escudero, y desgarrada con el hierro cruel su hermosa carne, al contemplar que á la batalla él mismo le envió con su carro y sus bridones, y que de ella con vida no tornaba.

Al incansable Sol la Augusta Juno envió á las corrientes de Oceano contra su voluntad; y oscurecida ya su luz, los Aqueos el terrible combate y la batalla suspendieron. Y también de su parte los Troyanos, acabada la lid, en la llanura los ligeros bridones desuncian de los carros marciales y á la junta sin preparar la cena concurrieron, y azorados y en pie deliberaban; que á sentarse ninguno se atrevía. Y de temor sobrecogidos todos estaban, porque el hijo de Peleo, que largo tiempo habia renunciado al bélico tumulto, en la pelea ya se dejara ver. Polidamente, el sabio augur, de todos el primero habló; porque también allí de todos era el sólo que via lo futuro y lo pasado. Siempre fuera amigo de Héctor y camarada y una misma noche los vió nacer, y en elocuencia á Héctor Polidamente aventajaba; mas Héctor mucho en manejar la pica vencía al adivino, que prudente así entonces decía á los Troyanos:

«Deliberad con madurez, amigos, lo que conviene hacer. Yo, de los Dioses la voz divina interpretando ahora, digo que á la ciudad nos retiremos sin tardar, y acampados que amanezca no ya esperemos de mañana el día cerca de los bajeles y distantes de los troyanos muros. Cuando Aquiles, en sus naves ocioso, del agravio que Agamenon le hiciera se vengaba, eran en la pelea los Aquivos

menos valientes, y pasar la noche á vista de su campo me agradaba á mí también; que de tomar las naves grande esperanza habia. Mas ahora mucho yo temo al hijo valeroso de Peleo, y anuncio que llevado de su ardiente valor, no en la llanura donde hasta ahora siempre las batallas se daban de los Griegos y Troyanos, querrá permanecer; que hasta los muros de Troya llegará, y por escalarla pugnará y á pavesa reducirla y llevarse cautivas las mujeres. Volvamos, pues, á la ciudad, amigos; y ya fijos de mí, pues os anuncio lo que sucederá. La oscura noche impide ahora al hijo de Peleo á campaña salir; pero si armado acomete mañana y nos encuentra acampados aquí, tal vez alguno conocerá lo que su brazo puede: que harto gozoso volverá de Troya al muro el que se salve con la fuga. Y á muchos Teucros comerán los buitres y perros... ¡ojalá que á mis oídos tal desgracia no llegue! Mas si ahora mi consejo seguís, aunque lo sienta vuestro valor, el resto de la noche en junta reunidos tomaremos las precauciones que prudencia dicte para comun provecho, y las murallas defenderán las elevadas puertas y los recios portones que formados de gruesas hojas con primor labradas y bien unidas las entradas cierran. Y cuando ya la divinal aurora mañana empiece á clarear, nosotros armados las murallas y las torres coronaremos todas. Y aunque quiera, de las naves saliendo, en torno al muro Aquiles batallar, no será fácil que se apodere de él. Y á sus navíos volverá á pesar suyo, cuando hubiere ya mucho fatigado á sus bridones en derredor de la ciudad corriendo. Y dentro penetrar su valor mismo no le aconsejará, ni entrarla á saco conseguirá: ¡primero le devoren los carnívoros perros!» Así dijo Polidamente; y con ceñudo rostro

mirándole Héctor, respondió irritado: «¡Polidamente! tu consejo ahora no al corazón agrada. Tú propones que á la ciudad volvamos, y en su cerca nos encerremos todos. ¿Qué? ¿cansados no estais ya de vivir siempre escondidos dentro los muros? En la edad pasada era fama comun entre los hombres que la ciudad de Príamo era rica en oro y bronce mucho; y ya no existen los hermosos joyeles que en las casas se guardaban entonces: casi todos á la Frigia pasaron y Meonia, á ser allí vendidos, desde el día que se irritó contra nosotros Jove. Y cuando la Deidad me ha concedido que en la última batalla inmensa gloria haya alcanzado, al pie de los bajeles combatiendo y á todos los Aquivos hasta el mar retirando, ¿tú propones, ¡cobarde! tal vileza á las escuadras? Pues sabe que ninguno tu consejo aprobará, ni yo lo permitiera. Hagamos todos lo que yo dijere. Cenad ahora, en militar usanza por ranchos divididos: centinelas se pongan en el campo, y vigilantes estemos todos. Y si acaso alguno sus riquezas perder mucho temiere, las junte y traiga todas, y á los otros para que sean en comun gastadas las entregue: más vale que cualquiera Troyano de ellas goce, que los Griegos. Mañana ya, cuando á brillar empiece el rayo de la aurora, la armadura tomando todos, horrible batalla trabaremos al pie de los navíos. Y si es verdad que el valeroso Aquiles á los combates vuelve, y de mi brazo probar quiere la fuerza, más difícil vencerme le será que él imagina; y no de la pelea clamorosa, huyendo de él, saldré. No: cara á cara firme le he de esperar y alta victoria él de mí alcanzará, ó eterno lauro yo lograré matándole; que Marte es á todos comun, y muchas veces el que esperó vencer vencido queda.» Así dijo: y los Teucros aplaudían. ¡Necios! que de razón ya los privara

Minerva, y de Héctor el fatal dictámen
siguieron todos y escuchar ninguno
quiso á Polidamante, que prudente
lo mejor proponia; y por escuadras
divididos, la cena aparejaron.

En tanto los Aqueos á Patroclo,
la noche toda, en funeral gemido
lloraban; y de todos el primero,
suspiros exhalando numerosos
y sobre el pecho del amigo puestas
las manos homicidas, el lamento
Aquiles empezó. Como leona
que habiéndola robado los cachorros
el cazador mientras estaba ausente
se aflige cuando vuelve y no los halla,
y los valles recorre, por la huella
siguiendo al cazador para matarle,
y se enfurece en su dolor agudo;
así Aquiles, suspiros exhalando,
en medio los Mirmídones decía:

«En vano, ¡ay triste! la palabra un tiempo
»de mi boca salió cuando animaba
»al heróico Menetio en mi palacio,
»diciéndole que el hijo valeroso
»á Opunte yo otra vez le llevaría,
»después que hubiese á Troya destruido
»y la parte tomado de la presa
»que cabido le hubiese. Pero Jove
»no al hombre cumple sus deseos todos.
»Así á nosotros dos la dura Parca
»á morir aquí en Troya ha condenado,
»esta tierra enemiga enrojeciando
»con nuestra sangre. Porque á mí tampoco
»el anciano Peleo en su morada
»ya más recibirá, ni cariñosa
»mi madre Tétis cercará mi cuello
»con sus ebúrneos brazos, de esta guerra
»volviendo vencedor; que sepultado
»aquí yo quedaré. Mas, pues me toca
»después que tú morir, dulce Patroclo,
»no te haré el funeral hasta que traiga
»aquí yo la cabeza y la armadura
»de Héctor tu matador; y ante la pira
»en que arda tu cadáver, la cabeza
»cortaré á doce jóvenes troyanos,
»hijos de las familias más ilustres,
»para vengar tu muerte. É insepulto
»entretanto estarás aquí en las naves,
»y en torno tuyo velarán llorando
»noches y días las esclavas todas,

»troyanas y dardáneas, que nosotros
»cautivamos, habiendo destruido
»las ciudades en que ellas habitaban.»

Así dijo; y después á sus donceles
mandó que al fuego trípode anchuroso
pusieran, y con agua las heridas
lavaron al cadáver del amigo
y la sangre cuajada. Los donceles,
á la lumbre poniendo una caldera
por tres piés sostenida, la llenaron
de agua, y trajeron leña, y la metieron
por debajo del trípode; y la llama,
en derredor cercando la caldera,
el agua calentó. Cuando ya hervía
en el sonoro cobre, diligentes
el cadáver lavaron y le ungiéron
con untuoso aceite, y las heridas
de un bálsamo llenaron oloroso
que nueve años tenía. Y colocado
ya en alto lecho funeral, con blanca
y finísima sábana de lino

desde los piés á la cabeza todo
le cubrieron, y encima rico manto
extendido también, la noche entera,
en derredor de Aquiles reunidos,
los Mirmídones todos á Patroclo
tristes lloraron. Y el excelso Jove,
á su esposa y hermana así decía:

«Ya hiciste al fin que á los combates vuelva
»el valeroso Aquiles. Tú la madre
»fuiste sin duda de los Griegos todos.»

Y Juno respondió: «¿Qué has proferido,
»hijo terrible de Saturno? Un hombre
»de otro hombre encuentra medios de vengarse
»aunque mortal nació, ni ciencia tiene
»tanta como los Dioses. Yo, que Reina
»soy de las Diosas todas por mi origen,
»y porque siendo tú de las Deidades
»el Soberano soy esposa tuya,
»estando de los Teucros agraviada
»¿castigar no podré sus demasías?»

Mientras hablaban Júpiter y Juno,
del ínclito Vulcano se acercaba
al palacio ya Tétis, que de bronce
de eterna duración fuera labrado
y cual astro brillaba, y entre todos
los de los Dioses por su gran belleza
mucho sobresalía, y le labrara
él por su mano. De sudor cubierto
hallóle Tétis, y agitado en torno

corriendo de los fuelles; porque entónces
trípodes veinte á un tiempo fabricaba,
que á la pared á veces arrimados
del magnífico alcázar por sí mismos
en el régio salon entrar pudiesen
en que se juntan los eternos Dioses
y volver otra vez á donde estaban:
¡admirable prodigio! Les pusiera
con este fin debajo de su fondo
ruedas de oro macizo, y los tenía
ya muy adelantados. Solamente
las asas no añadiera; pero entónces
las preparaba, y en el duro yunque
machacaba los clavos que debían
afirmarlas. En tanto que afanoso
él trabajaba con destreza suma,
llegó Tétis, y vióla desde léjos
la hermosa Cárís, que las rubias trenzas
con la corona entónces sujetaba,
y era esposa del ínclito Vulcano.
Y adelantada á recibir á Tétis,
de la mano asió, y así la dijo:

«¿Por qué, augusta Deidad, Tétis hermosa,
»y á nosotros tan cara, á este palacio
»vienes ahora cuando no solias
»antes venir? Pero adelante pasa,
»para que yo te ofrezca el agasajo
»que á tan ilustre huésped es debido.»

Así Cárís habló, y á Tétis luégo
por la mano condujo del alcázar
á lo más interior; y en alta silla
que en variada labor con clavos de oro
estaba guarnecida, muy hermosa
y sobre una tarima colocada
en que el pié delicado descansase,
la hizo sentar; y al ínclito Vulcano
llamó después, diciéndole: «A esta sala,
»esposo, ven ahora; porque Tétis
»desea hablarte.» Respondió el esposo:

«De mi cariño digna y mi respeto
»es la Diosa que dentro los umbrales
»está de nuestro alcázar. Ya la vida
»me salvó en otro tiempo cuando triste
»y del cielo arrojado yo llegara
»al confin de la tierra, por capricho
»de una madre crúel y vanidosa
»que viéndome de piés estropeado
»ocultarme quería. Y mi desgracia
»fuera mayor si Tétis en el seno
»de la mar no me hubiese recibido

»de Eurínome ayudada, la graciosa
»hija del Oceano. Yo con ellas
»nueve años habité, y alhajas muchas
»primorosas las hice (brazaletes,
»y broches, y sortijas, y collares)
»en la profunda cueva que cercaban
»las murmurantes espumosas ondas
»del inmenso Oceano. Y no sabía
»ninguno de los Dioses, ni mortales,
»que yo estuviese allí; pues sólo Tétis
»y Eurínome, las que ántes me salvaran,
»á mi lado asistian. Y pues vino
»hoy Tétis á mi alcázar, será justo
»que agradecido yo la pague ahora
»aquel gran beneficio. Mas en tanto
»que voy á recoger las herramientas
»del oficio, y los fuelles, tú prepara,
»oh Cárís, el espléndido convite
»que á tan ilustre huésped es debido.»

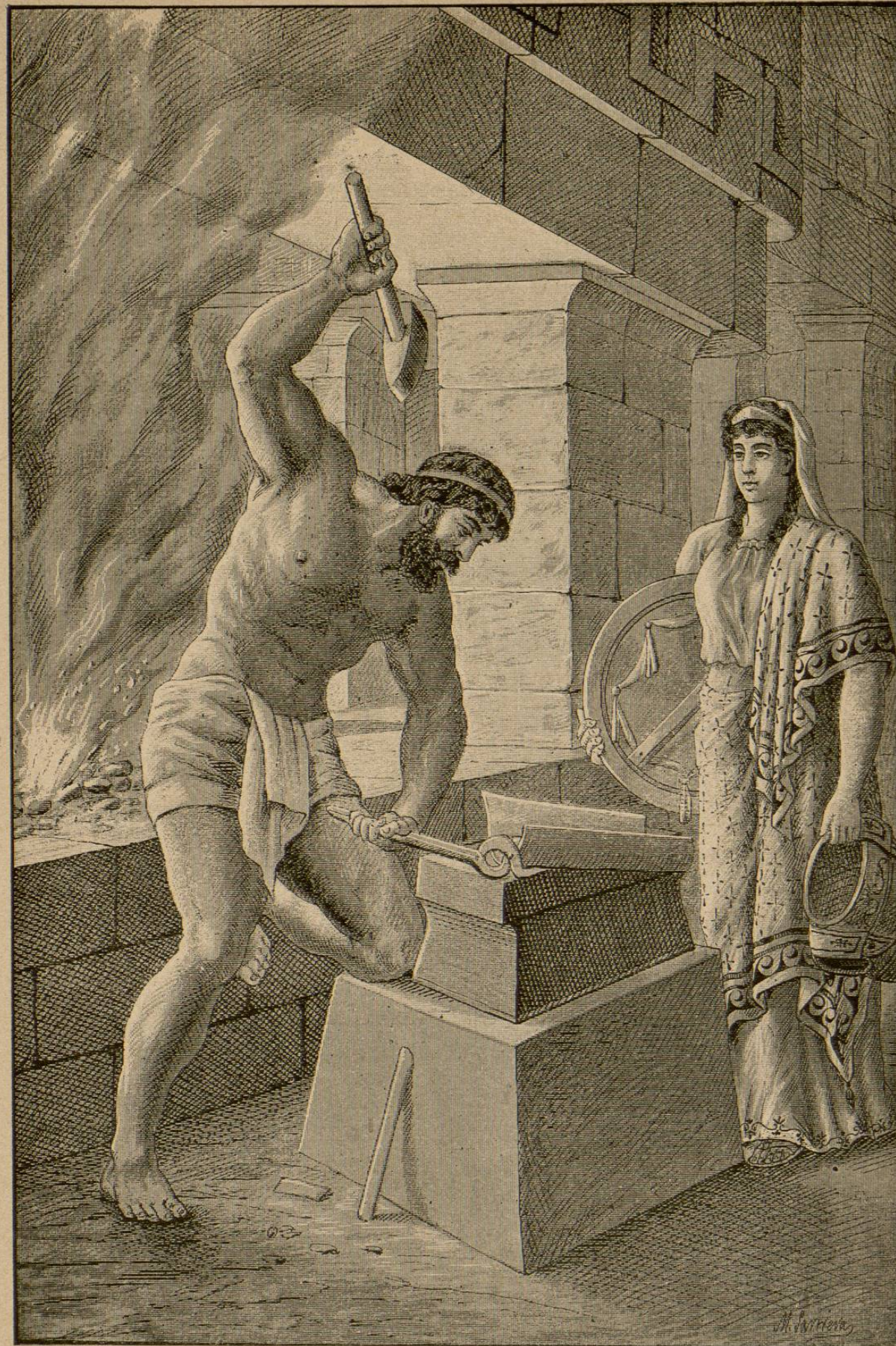
Dijo el tizado gigantesco Númen;
y alzándose del trono en que sentado
junto al yunque estuviera, cojeaba
y con mucho trabajo se movían
sus mal formados piés. Quitó del fuego
el fuelle; y recogiendo la herramienta
con que entónces estaba trabajando,
en un arcon magnífico de plata
la encerró toda; y del tizado rostro
y ambas las manos, y el fornido cuello,
y el muy velludo pecho, con esponja
lavó el sudor y el humo; y ya vestida
la túnica, y el cetro poderoso
empuñando, salió donde esperaban
Tétis y Cárís. Cojeando vino;
pero sus tardos pasos dirigían
dos estatuas que él mismo fabricara
de oro macizo, y semejantes eran
á las jóvenes vivas. En su mente
inteligencia había, y con la boca
hablaban, y del pecho respiraban
vital aliento, y de los mismos Dioses
las labores de manos aprendieran;
y entónces por el brazo sostenido
á su Señor tenían, que despacio
áun así caminaba. Y cuando vuelto
hubo al régio salon, cerca de Tétis
en áureo trono se asentó; y asida
la mano de la Diosa, así la dijo:

«¿Por qué, augusta Deidad, hermosa Tétis,
»y á nosotros tan cara, á este palacio

»vienes ahora cuando no solias
 »antes venir? A complacerte pronta
 »está mi voluntad, si lo que pides
 »lícito fuere y mi poder alcanza.»
 Respondió Tétis, lágrimas vertiendo:
 «¡Vulcano! ¿piensas que de cuantas Diosas
 »habitan el Olimpo haya ninguna
 »que agudos pasadores en su pecho
 »tantos haya sentido, como Jove
 »á mí sola en su colera ha lanzado?
 »De las Diosas marinas á mí sola
 »obligó á que tomase por esposo
 »á un mortal, á Peleo; y las caricias
 »amorosas de un hombre, mal mi grado,
 »hube de tolerar: y ya rendido
 »á la triste vejez, dentro su alcázar
 »yace postrado. A tan amargas cuitas
 »otras se juntan nuevas. El Saturnio
 »me otorgó que engendrarse y que criara
 »un hijo, el más famoso entre los héroes:
 »y creció al tierno olivo semejante,
 »y de su infancia y juventud yo misma
 »solicita cuidé, como de nueva
 »planta se cuida que en feraz terreno
 »nace y se cria. Y cuando ya llegara
 »á la edad varonil, con sus navíos
 »á Ilión le envié porque valiente
 »con los Teucros lidiase; pero, ¡ay triste!
 »que ya más á la casa de Peleo
 »no volverá, ni en cariñoso abrazo
 »yo le recibiré. Vive él ahora
 »y ve la luz del sol, pero afligido
 »está; y aunque yo vaya á consolarle,
 »útil no puedo serle. Una cautiva
 »que en premio del valor le destinaran
 »los hijos de la Grecia, de las manos
 »le arrancó injusto Agamenon de Atreo,
 »y en profunda tristeza él devoraba
 »su propio corazón. A los Aquivos
 »después en sus bajeles encerraron
 »los Teucros, ni salir les permitían:
 »y de Aquiles los Próceres de Grecia
 »el favor imploraron, y preciosos
 »dones le prometían, é inflexible
 »él se negó á librarlos. Solamente
 »permitted que Patroclo su armadura
 »tomase, y con escuadra numerosa
 »le envió á combatir; y todo el día
 »en torno á la muralla peleando
 »y las puertas Esceas estuvieron

»los Dánaos. Y aquel día destruido
 »hubieran la ciudad, si airado Apolo
 »al hijo valeroso de Menetio,
 »después que estrago mucho en los Troyanos
 »hiciera, por sí mismo no matara
 »en la primera fila y la victoria
 »á Héctor no hubiese dado. Este el motivo
 »es de que ahora á suplicarte venga
 »humilde yo que al hijo, cuya vida
 »tan corta debe ser, un fuerte escudo
 »labres, y un morrión con su penacho,
 »y unas hermosas grevas que los broches
 »al tobillo aseguren, y una cota:
 »que las armas de Aquiles el amigo
 »perdió también, cuando la dulce vida
 »le quitaron los Teucros; y entregado
 »á su dolor inmenso, el héroe yace
 »fuera del pabellon sobre la arena.»

Y así Vulcano respondió á la Diosa:
 «Ten buen ánimo, Tétis, ni afligida
 »por las armas estés. Así pudiera
 »á la muerte ocultarle dolorosa
 »tan fácilmente yo cuando la Parca
 »inexorable del vital aliento
 »le prive, como ahora la armadura
 »más bella le daré que admiren todos
 »cuantos hombres la vean.» Así dijo:
 y dejando allí á Tétis, á la fragua
 y á los fuelles marchó. Y hácia los hornos
 volviéndolos, mandó que trabajasen;
 y obedientes los fuelles en los hornos,
 que en todos eran veinte, de continuo
 soplaban, arrojando por la boca
 toda clase de viento: que su soplo
 rápido á veces era, cual le pide
 el que apriesa trabaja, y otras veces
 lento, como Vulcano le quería
 para acabar las armas. En crisoles
 echó, para que al fuego se ablandasen.
 duro cobre, y estaño, y oro puro,
 y plata; y en el tronco puso luego
 el firme y grande yunque. Y en la diestra
 el pesado martillo, y las tenazas
 en la izquierda tomando, lo primero
 hizo el escudo ponderoso y grande,
 de variada labor, y orlado en torno
 con triplicado cerco reluciente
 de metal derretido; y la correa,
 de plata entretejida, en la más alta
 parte colgó. Las planchas que el escudo



Tip lit. de F. Nacente, editor.

THETIS Y VULCANO